

FELIPE MATAMOROS

EL INDEPENDIENTE, 28 DE AGOSTO DE 1990

TOM PAINE = ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

La guerra mundial «en» el golfo Pérsico reúne, como todas las guerras, los elementos constitutivos de una gran fiesta popular. Rompe la rutina de lo cotidiano. Agrupa a gentes habitualmente distantes. Convoca a forasteros. Prepara la destrucción y derroche ostentatorio de bienes lentamente acumulados. Tira la casa por la ventana. Da licencia a lo moralmente prohibido. Exalta la desmesura. Pregonando el comienzo y el final. Convierte la zona, terminada la fiesta, en un basurero.

Pero falta en esta gran fiesta, hacia la que peregrina nuestra «flamante Armada», el requisito de la simetría emocional. La exaltación patriótica, el contagio de mentalidades propicias al sacrificio sólo están presentes en los que se entregan a la lucha sin retaguardia de seguridad para sus pueblos. En las naciones que organizan las emigraciones transitorias a los lugares del combate, sin más emoción que la de ver el espectáculo o la de calcular sus costos, no hay lugar para el heroísmo ni, en consecuencia, para la consagración de sus dirigentes.

Esta asimetría sentimental pone al descubierto, en los países occidentales que no tienen la vocación ni los medios de asegurar «un» orden mundial, la debilidad mental y política de sus gobernantes. Desasistidos de opinión pública emocionada o conmocionada, deciden expedir hombres y materiales para la muerte, por cuenta ajena, bajo la irresponsabilidad personal con la que despachan los expedientes administrativos. Juegan, como niños, a la guerra. Mueven barquitos. Aprenden geografía. Olvidan historia. Es inevitable que sus ridículos gestos bélicos den a la expedición militar contra Irak, dentro del vacío emocional de España, el tono cómico de las fanfarronadas y bravuconerías en una pequeña fiesta de matamoros.